

SEIS PROPUESTAS PARA EL PROXIMO MILENIO

De *Italo Calvino*

Ediciones Siruela, Madrid, 1989, 144 págs.

En cada año académico, la Universidad de Harvard invita a alguna personalidad literaria famosa a que dicte un ciclo de seis charlas en las "Charles Eliot Norton Poetry Lectures". Por esa cátedra han pasado escritores universalmente conocidos, como T.S. Eliot, Jorge Luis Borges y Octavio Paz. Para ocuparla en el período 1984-1985 fue invitado por primera vez un escritor italiano: Italo Calvino.

La idea entusiasmó al genial novelista, quien se puso de inmediato a la tarea de investigar, leer, meditar sobre sus temas y ponerlos "en negro sobre blanco", como solía decir. Fiel a su vocación, sus charlas versarían sobre literatura y, más específicamente, sobre "algunos valores, cualidades o especificidades de la literatura que me son particularmente caros tratando de situarlos en la perspectiva del nuevo milenio".

Seis eran esos valores tan apreciados por Calvino: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia. Alcanzó a escribir cinco de las conferencias y a preparar "in mente" la última. Una semana antes de viajar a Harvard, el 19 de septiembre de 1985, el escritor falleció.

Es posible suponer que, antes de darlas a la imprenta, Calvino las habría revisado, aumentándolas más allá del corto espacio de una charla, y tal vez enriquecido con notas y comentarios. Pero allí estaban: impecables, profundas, dotadas de esos valores que el autor consideraba dignos de perdurar.

Así, pues, tal como quedaron con la sorpresiva muerte y con un capítulo que jamás conoceremos (y en el que se refería al admirable "Bartleby" de Herman Melville), las "propuestas para el próximo milenio" fueron publicadas en Italia. Ahora, gracias a Ediciones Siruela, podemos leerlas en nuestro idioma y en una espléndida traducción de Aurora Bernárdez.

Como anota Gian Carlo Roscioni, son textos dirigidos en primer lugar a los escritores y, en tal sentido, constituyen una lección de estética literaria además de ser una brillante interpretación de una teoría del arte narrativo que Calvino puso en práctica en cada una de sus obras. *La levedad* de que nos habla en la primera de sus lecciones, está presente —como sus demás propuestas— en "Las ciudades invisibles", ésas que hacen soñar a Kublai Kan bajo el encanto de las palabras de Marco Polo. Levedad que no es superficialidad, sino un arte de despojar al mundo y a nuestro tiempo de su pesantez. Pero el argumento no es sólo literario; también los mecanismos de hoy nos dicen algo a través de Calvino: "La segunda revolución industrial no se presenta como la primera, con imágenes aplastantes como laminadoras o coladas de acero, sino como los bits de un flujo de información que corre por circuitos en forma de impulsos eléctricos. Las máquinas de hierro siguen existiendo, pero obedecen a los bits sin peso".

Levedad que "se asocia con la precisión y la determinación, no con la vaguedad y el abandonarse al azar". Y Calvino recuerda el sabio aforismo de Paul Valery: "Hay que ser ligero como el pájaro, y no como la pluma". Aquél vuela, la pluma cae.

¿Y la *rapidez*? No abrumar con palabras, extenderse el tiempo justo, llegar a destino por los senderos más directos. Un siglo antes lo afirmaba Stevenson: el estilo es sintético. Y Calvino subraya: "En todo caso, el relato es una operación sobre la duración, un encantamiento que obra sobre el transcurrir del tiempo, contrayéndolo o dilatándolo".

Nos dice Calvino que le hubiera gustado hacer una antología de cuentos de una sola frase y de una sola línea, de ser posible. No encontró ninguno que superara al del escritor guatemal-

teco Augusto Monterroso: "Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí".

Esta rapidez no rechaza el encanto de una relación morosa, lenta, cuando ésta es necesaria. La sabiduría narrativa está en el equilibrio entre fines y medios. Las ideas se precisan en la conferencia siguiente, sobre la *exactitud*: un diseño de la obra bien definido y bien calculado; la evocación de imágenes nítidas, incisivas, memorables; el lenguaje más preciso posible como léxico y como expresión de los matices del pensamiento y de la imaginación.

La *visibilidad* es la virtud de ver. Ver objetivamente, con certeza: una imagen cargada de significado que está en la génesis de lo que voy a decir: "Mi procedimiento quiere unificar la generación espontánea de las imágenes y la intencionalidad del pensamiento discursivo".

La *multiplicidad* es la más compleja de las propuestas, pues pareciera contradecir a las anteriores; el torrente de ideas, las digresiones enriquecedoras, las ilimitadas facetas de lo imaginable, el deseo de llenar la obra con todo lo que la mente creadora pone al alcance. Aquí viene el problema del equilibrio entre estas proposiciones. Pues, como dice Calvino, "la literatura sólo vive si se propone objetivos desmesurados, incluso más allá de toda posibilidad de realización". La sabiduría está en la forma de tratar de alcanzarlos, dentro de un orden, de una claridad que sea iluminadora también para el lector.

Por cierto, éste es un libro eminentemente literario, dirigido al escritor. Pero ninguna de estas *propuestas* se aleja de las realidades cotidianas en este mundo de hoy, en el que parecen prosperar los vicios contrarios. En el fondo de esta "declaración de principios" estético-literarios hay un fundamento ético, una norma para ilustrar la relación entre los hombres, que sólo es posible por la palabra.

HERNAN POBLETE VARAS

MI POBRE TERCER DESEO

De *Agata Gligo*

Editorial Planeta Chilena, Santiago, 1990, 206 págs.

Conocida hasta ahora sólo por un buen libro sobre María Luisa Bombal, Agata Gligo rinde hoy con cierto éxito la prueba de fuego de su primera novela, demasiado inactiva y lenta en algunas partes de su argumento, y demasiado fecunda en recuerdos suspendidos de un presente debilidad, pero también expresiva de una rica femineidad, tan segura de sí misma y tan firme en el dibujo de dos grandes caracteres varoniles, que no necesita —¡oh, maravilla!— salir por los fueros del feminismo.

El escaso presente de esta novela es el fugaz episodio donde Karla, narradora en primera persona, llega a su isla natal en Tierra del Fuego para realizar un vago estudio que después no vuelve a mencionarse en todo el relato, pero que gatilla el proceso de su desbordante memoria sobre su infancia y juventud en la isla y sobre su familia insular, de inmigrantes yugoslavos. Hay que esperar hasta la página 113 para que vuelva a aparecer el tiempo presente de aquel arribo a la isla, que es así solamente un leve soporte actual de donde cuelgan los torrenciales recuerdos del pasado, en forma de *flashbacks* totalizantes. Me pregunto si ese presente tan ausente —tan pretexto— era necesario para la estructura cronológica de la novela, o si no habría sido mejor entrar derechamente en los recuerdos de Karla sobre el paraíso perdido, sin buscarles un soporte tan débil en la actualidad. Pero no estoy seguro de la respuesta.

Si estoy seguro, en cambio, de los tres elementos básicos —y esencialmente positivos— que constituyen esta novela primeriza. En primer lugar está el paisaje dominante y protagoni-